

2.008

AYUNTAMIENTO DE VILLAVA
SERVICIO DE CULTURA
ATAARRABIAKO UDALA
KULTURA ZERBITZUA

05 SET. 2008

ENTRADA / SARRERA

Nº / Zk. ...285...

OJOS AZUL HIELO

Pseudónimo: Barbara Haggens

Cerré la puerta de entrada y me adentré en aquel jardín por lo que en su día fue un camino, ahora devorado por la maleza. Me detuve ante el caserón abandonado y me sentí arrastrada por el misterio y la melancolía de la piedra. El aire tibio del atardecer hacía crujir las ramas de los manzanos y atravesaba las hojas produciendo un murmullo refrescante. Un moscardón zumbó junto a mi oído y lo espanté, molesta. Permanecí unos segundos así, de pie, como una estatua más de aquel jardín sin estatuas. Los destellos del sol me hacían daño. La amenaza de una nueva jaqueca me rondaba; un latigazo cruzó mis sienes. El malestar detrás de los ojos. Me cobijé a la sombra de la casa y busqué en mi bolso la llave. La hierba me hacía cosquillas en los tobillos.

Pensé en Víctor. Era la hora de la merienda. Bernat lo sentaría en su trona y le daría el potito de frutas. No serviría de nada el babero de plástico gigante; el niño escupía la papilla. No le gustaba. Había que armarse de paciencia.

Allí estaba la llave, grande y pesada. La había encontrado en una caja metálica, en el armario de la habitación de mi madre. Prométeme que nunca volverás allí, me había pedido ella, agonizante. Los ojos secos, la mirada cuajada de grietas, las manos retorcidas. Se va la vida y nos convertimos en pieles de serpiente. En troncos calcinados. La adición de las curvas; cada paso un traspiés. La cuenta atrás. Desde que me pidió aquello, sentí la llamada de la llave.

Y allí estaba, frente a la casa. No había vuelto desde que tenía seis o siete años. Recordaba que mi madre había discutido con mi abuela. Me habían mandado a jugar al jardín. Había cogido mariquitas —los dedos amarillentos. Había perseguido escarabajos y saltamontes. Luego habíamos hecho el viaje de vuelta en el autobús, un viaje curioso durante el cual mi madre había disimulado su llanto.

Mi padre le dijo que era una estúpida. Que la mierda es mejor no revolverla. Que nunca más volviera por allí.

Las mismas palabras de mi madre en su lecho de muerte.

La llave pesaba. La sostuve en la mano un buen rato, anticipando la desolación que reinaría en aquel interior deshabitado. Mi cabeza. De nuevo la presión en las sienes.

Era raro el día que no me sucedía. La muerte de mi madre me había alterado, y el llanto continuo del pequeño Víctor minaba mi paciencia. El pediatra había dicho que eran cólicos del lactante, que desaparecerían al cumplir los tres meses. No fue así. Las noches seguían siendo una tortura. Me dormía con el niño en brazos. Soñaba que se me caía, que rodaba por mis muslos hasta precipitarse desde mis rodillas. O que lo estaba bañando, y yo caía en la inconsciencia y el niño se hundía en la bañera. Despertaba sobresaltada, horrorizada, hasta que me encontraba al pequeño Víctor plácidamente dormido.

No dormía más de una hora seguida. Yo tampoco.

La puerta de madera, recia, tenía una cerradura oscura, como una madriguera. Introduje la llave y la giré, no sin esfuerzo. Tuve que empujar el portón; era muy pesado. Lo abrí tan sólo un poco, el espacio suficiente para entrar. El ambiente enrarecido me abofeteó la cara. Olía a humedad. A excrementos de rata, o de pájaros. Los muebles podridos de carcoma. El tiempo había hecho un buen trabajo.

Recordé el aspecto distinguido que tenía aquel lugar treinta años antes. Los retratos grandiosos colgados de las paredes. La chimenea limpia. Los sofás con sus cojines a juego. La delicadeza de los tapetes de hilo fino, realizados por la abuela, la bisabuela, y esas mujeres que ni siquiera había conocido pero que habían vivido en esa casa. Los ladrones también habían colaborado en el deterioro. Quizás ni siquiera eran profesionales, sólo los chavales del pueblo que habían entrado y se habían llevado los objetos que se podían en aquel lugar abandonado. Alguien había arrancado el papel de las paredes con saña.

Bernat intentaría que Víctor comiera un poco. Haría el avión con la cucharilla y la papilla gotearía sobre el mantel. ¿Para quién es esta comida rica? Para mi niño... Para que Víctor se haga grande. Le habían hecho numerosas revisiones. Todo es normal, insistía el pediatra. Simplemente lloraba; algún día dejaría de hacerlo. Sólo nos recomendó paciencia. Paciencia frente a la jaqueca, las alucinaciones, los sueños extraños que me asaltaban en el duerme vela.

— Me sangran los pezones —le había dicho a Bernat.

— ¿Y eso es también culpa de Víctor?

Me había sentido ridícula. Él no me entendía. Él no estaba desquiciado. Por las noches roncaba a pierna suelta mientras yo paseaba, extenuada, por el pasillo, con el niño entre mis brazos. Bernat se levantaba a las siete y media, y pasaba el día fuera. Sin

embargo yo... La pesadilla no acababa nunca. Y los escasos momentos en los que hubiera podido descansar, visitaba a mi madre. Sostenía su mano en el hospital, y a veces me dormía allí, sentada. Y cuando abría los ojos —una vez más Víctor hundido en la bañera, con su rostro azulado—, la observaba. El horror todavía en mis pupilas. Mi madre entubada. Sedada. La vida y la muerte se cruzaban y mi cuerpo se convertía en una dolorosa encrucijada incapaz de sintetizar esos principios.

Una paloma cruzó la sala volando. Se acercó a mí y pensé que era una bola de fuego lanzada por un cíclope. Una piedra que rompería en dos mi cabeza. La sensibilidad disparada. Víctor abriendo su boca, buscando su última respiración. Su cuerpecito helado. El pájaro pasó junto a mi hombro y grité. El miedo, transformado en sonido, salió de mí como el agua que brota a presión de una manguera. Grité, y el grito levantó nubes de polvo imaginarias. Resonó en los cajones vacíos de los armarios donde anidaban los murciélagos. Se coló en el interior de los jarrones descascarillados, con una sombra verde en su interior, restos de agua disecada.

Sentí mi cabeza atravesada por un hierro candente, mi cerebro convertido en un pincho moruno. El latido en las sienes.

— ¿Qué hace usted aquí?

Me volví horrorizada, y allí estaba una sombra que al principio no pude apreciar con nitidez debido al contraluz. Pensé que se trataba de un ser de ultratumba, surgido de mi inconsciente. Alguien que venía de ese mundo desquiciado en el que vivía, un gigante, un ogro, un ser poderoso y maligno.

Temblaba. Sentí unas gotas de orina resbalando por mis piernas. Contraí los músculos y me puse a la defensiva. Seguimos siendo animales.

— No nos gustan los curiosos...

Empezaba a distinguir sus rasgos. Sólo era un viejo, apoyado en un bastón. Un viejo decrepito, con el pelo demasiado largo y la ropa sucia. Tenía los ojos hundidos, las arrugas surcaban su rostro y se apreciaban las venas en su cuello. Debía de ser uno de los habitantes del pueblo.

El rostro del viejo me llevó al rostro de mi madre. Su boca abierta. Tenía los brazos amoratados de los pinchazos.

Estuve a punto de decirle que aquella era la casa de mis antepasados, y que yo era la única heredera. Seguro que tenía más derecho a estar allí que él. Viejo estúpido. Un nuevo latigazo. El sueño, el cansancio me cayó encima y estuve a punto de

desmoronarme. Lentamente. Flexionar las rodillas, hasta apoyarme en el suelo. Flexionar la cintura y descansar la cabeza. Descansar. Los ojos me dolían de tanto ver. Los oídos de tanto oír. El niño lloraba en otro lugar, en otro momento, pero yo no podía dejar de escucharlo.

— ¡Salga de una vez!

Caminé hacia la puerta sin oponer resistencia. La escasa fuerza que tenía me servía únicamente para mover los pies. Un paso, y otro, y otro. Era yo la que andaba, pero todo parecía un sueño. Una niña jugaba en el jardín. Dejaba que los insectos ascendieran por su brazo, desde la muñeca hasta el codo. Se reía. Insectos de patitas negras que le hacían cosquillas, que la entretenían. La niña era yo. Se parecía a Víctor. Calla, hijo. Cólico del lactantes. Seis meses de llanto. Su rostro azulado.

El viejo salió detrás de mí. A la luz del día su aspecto era inofensivo. Se trataba de un pobre anciano, que caminaba a duras penas apoyado en su bastón. Despedía un olor ácido. Hombre de campo. Polvo somos y en polvo nos convertiremos.

— No se le ocurra volver por aquí —me dijo. La saliva en la comisura de los labios. Una barba corta y desigual en las mejillas arrugadas.

— ¿Por qué? —le pregunté, por recuperar mi dignidad, por recuperar un mínimo espacio ante aquel espantapájaros terco y mandón.

— Aquí vivía la bestia —se limitó a decir.

La bestia... ¿Por qué supe inmediatamente de quién hablaba? Volví a ver uno de los cuadros que adornaba el salón y que como todos los demás había desaparecido. La bestia. Tenía los ojos azul hielo. Esos mismos ojos que yo había heredado. Los ojos más bonitos del mundo, decía Bernat.

Bernat, amor mío. Cuida al pequeño. Ten paciencia. No te duermas con él en los brazos. Le gusta resbalar y caer al suelo y abrirse la cabeza. Su carita ensangrentada. Le gusta hundirse en la bañera, en el agua calentita. Le gusta atragantarse con la comida. El pequeño Víctor. A veces llora tanto que pierde la respiración, y durante unos segundos se pone colorado, y abre la boca como un pez, y yo cuento, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, con el corazón en un puño, hasta que vuelve en sí, y el llanto rebosa e inunda mis oídos.

El aire cantaba al atravesar las ramas de los manzanos. Cantaba las canciones de mi infancia. Cantaba nanas infantiles. El pelo me cubría el rostro. Lo aparté. Miré al viejo, podía imaginar su calavera. Sus huesos crujiendo bajo el peso de la tierra. Polvo

eres. Mi madre conectada por infinidad de tubos. Una sonda para la bolsa de orina. El goteo. Meas y no te enteras. Pierdes el control de los músculos. El líquido entra y sale de ti. Eres sólo un pantano en medio de un valle; recibes el agua del deshielo y la dejas ir cuando rebosa su límite natural.

— Este es un lugar maldito —escupió el viejo.

Maldito. Maldito. Mi madre me había pedido que nunca volviera. No hay que remover la mierda. Tengo que ver cómo está la casa, le mentí a Bernat. Mi madre me rogó que la visitara, que si lo consideraba oportuno la vendiera. Era la primera vez que me separaba de mi hijo en seis meses. Lugar maldito. La bestia. Los ojos heredados. Azul hielo.

— ¿Por qué? —le pregunté al viejo.

Sólo dos palabras. No tenía fuerza para más. Una nausea larga, espesa, naciendo en mis tripas. Una nausea sin contenido, sólo forma, sólo un látigo, una boa constrictor deseando asomar entre mis labios. Las rodillas me temblaban. El sol vertía su luz dulce sobre mis hombros, pero yo sólo sentía vértigo. Descansar. Pequeño Víctor. Pequeño cabrón. Estaba rompiendo mis nervios. Lloraba, volvía a llorar, tiraba la papilla, vertía el plato. Paciencia. Paciencia. No quería bañarlo cuando estaba sola. Esperaba a que llegara Bernat. Échame una mano. En mis pesadillas me dormía apoyada en el borde de la bañera. Mis pezones doloridos.

— Desaparecieron varios niños en los pueblos vecinos —al viejo se le quebró la voz por un momento. Tragó saliva, y continuó—. Pensábamos que se ahogaban en la poza. Los familiares esperaban, sin éxito, a que los cuerpos aparecieran. El fondo de la poza es cenagoso.

Niños. Niños como Víctor. Niños como yo cuando jugaba en el jardín. Niños nacidos de las vaginas de las mujeres campesinas, entre dolores. Niños que lloraban al llegar al mundo, como Víctor, incansable. Polvo eres. El viejo tenía en los ojos abejas de colores. Tenía un montón de palos acumulados para encender una hoguera.

— Eladio, un hermano de mi padre, también desapareció. Tenía ocho años.

La presión en las sienes. La cabeza llena de mosquitos. La boa ascendiendo por mi laringe. Los niños desaparecidos lloraban en el fondo de la poza. Eladio, ¿dónde estás? La familia lo buscaba en el bosque. Llevaban antorchas encendidas. Los lobos aullaban en la lejanía.

— Tiempo después la criada encontró unos huesos en el sótano. Avisó a la guardia civil, pero antes de que llegaran el viejo cabrón se colgó de una viga. La familia negó los hechos, no aceptaban lo ocurrido. No hay peor ciego que el que no quiere ver.

Me alejé del viejo. De sus palabras podridas. No remover la mierda. Prométeme que no volverás. Me encerré en el coche. Hacía mucho calor y pronto sentí el sudor que corría por mi espalda. Permanecí allí un rato. Quería vomitar. Abrí la ventanilla. Quería que la boa saliera de mi cuerpo y se perdiera en la hierba del jardín. El viejo había desaparecido.

¿Qué es la herencia?, me preguntaba. Los latidos de mi sangre, como tambores, martilleaban en mis oídos. Yo había heredado los ojos de mi antepasado. Pero los gustos, las aficiones, los miedos, las tendencias ¿también las heredamos? Si reconocemos la forma de una oreja, la curvatura de un pie, el porte elegante al andar, ¿cómo no reconocer la pasión por la música, la forma de coger un tenedor, la afición a criar perdices? El niño volvía a llorar. ¡Calla!, le grité. Bernat caminaba con él en brazos por el pasillo. Nanas de niños muertos. Duérmete niño. Polvo eres.

Pensé en la genética. En esas cadenas de colores que aparecen en las revistas. El código genético de la mosca del vinagre, de la rata, del pollo, del pez zebra. Algo había leído. La herencia. Los huesos en el sótano. No quise oír más. No quise preguntar qué sucia historia se ocultaba dentro de aquellos muros. Mi niño lloraba. Y yo quería que se callara. Que se callara. Me dolían los pezones. Me dolía la cabeza. Bernat y yo discutíamos a diario. ¿Qué te ocurre?, me preguntaba. Le miraba con odio. Que se calle. Que se calle. ¿Qué podía hacer para que se callara?

Arranqué el coche y me alejé de aquel pueblo pequeño. Debía de haber obedecido a mi madre. Las lágrimas caían por mis mejillas. Yo no había heredado sólo sus ojos. También su locura. También las ganas de acabar con los niños. Era un peligro para el pequeño Víctor. El pequeño Víctor. Intenté recordar cómo le había dejado esa mañana. Estaba en la cuna. Bernat me acompañó a la puerta. Me besó. Me deseó un buen viaje. Viaje al infierno.

¿Respiraba todavía el niño cuando salí de casa?

Estaba muy asustada. Quizás Víctor no hubiera merendado. Su cuerpo en la mesa del forense. Bernat me llamaba. Una vez más llevaba el móvil apagado. Había olvidado encenderlo. Había olvidado cargarlo. Olvidaba tantas cosas... La policía me buscaba.

Ojos de hielo. Ojos de hierro.

Cuando me di cuenta era de noche y no sabía dónde estaba. Salí a una carretera general y cuando vi un hotel me detuve. Me detuve. Me detuve. Pedí una habitación y me senté en la cama, sobre una colcha azul ceniza. La ventana tenía doble cristal, para proteger a los viajeros del ruido del tráfico. La abrí. No soportaba el olor de esa estancia, el olor del detergente, de la lejía que provenía del baño, triste, muy triste, con ese rastro blanquecino entre los azulejos de la bañera. Me miré los zapatos. Las suelas enharinadas. En las huellas llevaba el recuerdo de la visita de esa misma tarde; mierda de paloma.

Encendí el móvil y vi las numerosas llamadas perdidas de Bernat. Llamé a casa y me mordí los labios mientras esperaba que cogiera el teléfono.

— Estaba preocupado. ¿Dónde te has metido? ¿Qué ha sucedido?

— ¿Y el niño?

Miedo. Miedo. El loco de ojos azules. Se colgó de una viga. Estaba podrido.

— Víctor duerme.

— ¿Duerme? ¿Estás seguro?

Dejé de escucharle. Mi cabeza se llenó de luz. Me estaba durmiendo sentada. No le oía. Las palabras se fundían con el murmullo del mar. No, allí no había mar, debían de ser los coches. La ventana abierta. Le aseguré a Bernat que volvería por la mañana. Necesitaba descansar.

— Ahora te entiendo —dijo Bernat—. Víctor es agotador. No sé cómo has aguantado tú sola tanto tiempo...

Colgué el teléfono y me tumbé sobre la cama. Me dejé arrastrar, me adentré en el túnel del sueño. No tenía que preocuparme por Víctor. Sólo dormir. Alejarme de aquellas cosas horribles que había contado el viejo. Antes de perder la consciencia sentí una paz absoluta. Algo nacía en mí. Dentro de mí. ¿Qué era aquello? Echaba de menos a Víctor, como si el cordón umbilical invisible que nos unía se hubiera tensado. Estoy aquí, cariño. Mañana mamá estará a tu lado.

Cuando por fin vendimos el caserón familiar, Víctor hacía tiempo que había dejado de llorar. Dormía toda la noche de tirón. El horror se olvida pronto; debe de ser gracias a algún mecanismo de supervivencia. Su único rastro era una leve huella, informe, imprecisa. Un olor. Una sombra dentro de un sueño. La rutina cubría mi vida como una capa de mermelada de albaricoque, amarillenta, dulce y transparente. Sólo

cuando Bernat alababa la belleza de mis ojos, sentía un escalofrío. Duraba un segundo.
Un maldito segundo. Luego yo sonreía, y sostenía orgullosa a mi hijo entre mis brazos.

Ojos azul hielo.

Mi hijo también los había heredado.